

EL RECUADRO

Las últimas previsiones macroeconómicas de la Comisión Europea, hechas públicas el 5 de noviembre, sitúan a España como el país de la Unión Europea en el que más caerá el PIB en 2012, con un retroceso del 12,4 por ciento, cinco puntos por encima de la media de la Unión.

Para el desempleo en España, la Comisión augura una tasa del 16.7 por ciento, la mayor con diferencia de la UE y más del doble de la media que se sitúa en el 7,7 por ciento. El déficit público se situaría en el 12,2 por ciento, superando con holgura la media del 7,7 de la Unión Europea y, la deuda, siempre según las previsiones de la Comisión, alcanzaría el 102,3 por ciento del PIB, cuando la media de la Unión se prevé del 93,9.

Nuestros socios comunitarios, todos con mejores perspectivas económicas que las españolas, para combatir los devastadores efectos de la pandemia han definido estrategias basadas en un menor gasto público corriente, manteniendo el gasto social para evitar los peores efectos de la crisis sanitaria, en medidas para favorecer la inversión productiva, pública y privada, y en estímulos al consumo que, obviamente, lo último que contemplan son las subidas de impuestos.

En España, el proyecto de Presupuestos Generales de Estado que se negocia actualmente entre las fuerzas políticas, se basa en unas previsiones que tienen pocas posibilidades de cumplirse y que la introducción de nuevos impuestos o la reforma al alza de los existentes van a hacer absolutamente quiméricas.

Esos incrementos impositivos, a contracorriente de todo y de todos, castigarán el trabajo, la inversión, el ahorro y los beneficios empresariales, las únicas palancas que permitirían impulsar realmente la actividad económica y proteger el bienestar y la salud amenazados por la pandemia.

Esta "original" política económica, fiscal y presupuestaria que pone su diana en las empresas y en las capas medias de la población asalariada o autónoma, añade incertidumbre a las incertidumbres y contradice la evidencia de que para favorecer el crecimiento y, a corto, medio y largo plazo, y reducir los desequilibrios fiscales, la mejor fórmula es contener el gasto y mejorar su eficiencia.

Aumentar las figuras impositivas y endurecer las existentes para aumentar los ingresos en un escenario de fuerte recesión como el actual, con toda probabilidad conseguirá el efecto contrario y desembocará en una caída de la recaudación que incrementará el déficit y la deuda y comprometerá las prestaciones que constituyen la base de nuestro sistema de protección social.

Nuestros socios y competidores europeos han optado por aumentar la recaudación tributaria sin urgencias y con visión de futuro, buscando incrementar las bases imponibles, fomentando el crecimiento económico, la inversión y el ahorro y luchando eficazmente contra el fraude fiscal.

Los ajustes impulsados por el Gobierno Español, basados en el incremento de ingresos fiscales por la vía de aumentar la carga tributaria, ya han demostrado en otras ocasiones ser útiles, pero sólo para prolongar las crisis y hacer más arduo y largo el camino de la recuperación del crecimiento.

En paralelo, esta "vía fiscal alternativa" que ha adoptado el Gobierno contra la ortodoxia y la praxis europea, favorece la deslocalización de empresas, desincentiva las inversiones, impulsa la fuga o la inmersión de contribuyentes, y perjudica la competitividad de sectores y empresas.

Así, unos Presupuestos que han sido elaborados contra la realidad y la experiencia, y unas subidas de impuestos que no tienen en cuenta la más elemental lógica económica y social, no van a amortiguar el deterioro económico ni facilitarán la recuperación cuando pueda producirse y, en definitiva, complican mucho más el ya, de por sí, oscuro futuro económico que afrontamos.